



Seix Barral Biblioteca Breve

Norberto Fuentes
Condenados
de Condado

INDICE

- 9** *Prefacio*
- 21** El Capitán Descalzo
- 29** El mercado
- 39** Santajuana
- 45** La yegua
- 51** La Chanzoneta
- 55** Como buenos hermanos
- 61** Para la noche
- 67** Orden número 13
- 71** Visita
- 77** Madrugada de la Sierra
- 83** Al palo
- 87** La ley
- 95** Kongo Kid
- 105** La Grande
- 109** Paredón
- 115** Guantanamera
- 119** Belisario el Aura
- 125** Bebesón
- 129** El honor limpiado
- 135** Melo
- 141** La vanguardia
- 149** Envío
- 153** La Llorona
- 161** Los condenados
- 167** Adiós
- 123** *Glosario*

PREFACIO

La primera reacción de Fidel Castro ante la lectura de mi libro, este libro, fue energética y liberadora de abundante adrenalina. Producto del impacto de *Condenados de Condado* contra una pared, quedó desencuadernado y convertido en una bandada de hojas que descendieron aleteando hasta el piso de terracota. Fidel era joven aún y había ganado veinte kilos de peso y tenía un fuerte brazo de lanzador debido a sus prácticas semanales de béisbol y básquet. Mis desgracias, pues, apenas comenzaban. Eso ocurrió en junio de 1968, con el delgado volumen recién publicado. Fidel se había interesado en él porque ya existían comentarios en el ejército respecto a las libertades que me había permitido —mis inalterables «faltas de respeto»— y porque la madre del comandante Manuel Fajardo, *Pity* —que fuera el primer jefe de operaciones del Escambray y tuviera la suerte de caer en una emboscada de la fuerza propia y que fuego amigo le cociera a plomazos la espalda—, le pidió, en un trance de histeria y sollozos, que me fusilara. Nunca he logrado establecer la conexión entre mi libro de cuentos y la muerte por error de un comandante revolucionario en el entronque de Topes de Collantes-Tri-

nidad, al pie de la Sierra del Escambray. Pocos meses más tarde, el 10 de octubre, Fidel fue el primer político que dispuso públicamente lo que yo debía hacer con mi supuesto talento de escritor. Dijo: «Yo no entiendo ahora cómo, habiendo tan importantes y urgentes tareas como la explicación de la verdadera historia de este país, haya tan pocos que se dediquen a este noble esfuerzo, mientras que otros prefieren desperdiciar sus talentos y se dedican a otros asuntos» —y de inmediato el insulto innecesario y la interpretación de los propósitos ajenos y la bobería—, «muchos de ellos buscando un éxito barato...».*

Tengo una valoración sobre el significado literario y de alguna manera político de este libro y el porqué del entusiasmo que causó en escritores como Italo Calvino, Jorge Edwards, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, José Agustín, Ángel Rama. El triunfo residió en encontrar el tema y el tono de ese tema —su tono definitivo—, e incluso la posibilidad de una imagen. Aunque fuese una de las batallas de la guerra fría, la imagen era decididamente zapatista y por ende revolucionaria, y no había despliegue tecnológico ni podía haberlo porque el arma perfecta, ideal para los combates casi siempre cuerpo a cuerpo, era una antigualla, la Ppsha soviética de la Segunda Guerra Mundial, pues lo que contaba era el volumen de fuego, apretar el gatillo de la ráfaga hasta el fondo y que las municiones no se te acabaran —para lo cual la Ppsha era la única que te proporcionaba 72 balas en su disco, más de lo que daban tres

* Fidel Castro, Discurso pronunciado en el acto central por los 100 años de lucha por la independencia, Parque Nacional La Demajagua, 10 de octubre de 1968, periódico *Granma*, La Habana, 11 de octubre de 1968.

peines de Thompson o M-3, o más de dos peines de AK-47— en tanto tuvieses un alzado, acabado de salir de su escondrijo, frente a ti. Los caminos eran polvorientos y los servidores de las VZ llevaban las cintas del amunicionamiento cruzadas en el pecho y los alzados llevaban sombreros Stetson negros y se adornaban con medallas religiosas como si fueran cangaceiros y había haciendas para asaltar y pequeños pueblos de una sola calle con una telefónica y donde nada se había movido desde el siglo pasado y donde nada, ¡oh Dios!, volvería a existir nunca más. En el fondo, en el inconsciente más absoluto del artista, pienso que pasó esto: que mientras lo transitaba, tuve la nostalgia anticipada de un escenario irrepetible. Tuve la facultad exclusiva de los dioses, pero desde la dirección contraria. Yo nombraba las cosas por su última vez, no para crearlas sino para dar fe de su extinción. De alguna manera ése fue el propio destino de mi libro: ser un relámpago, un estallido de luz y de ruido que de inmediato se extingue.

¿Por qué la vanagloria de haber encontrado el tema? Porque, a diferencia del resto de mis coetáneos, que creyeron ver en los combates de Playa Girón —Bahía de Cochinos para los norteamericanos— un tema para su explotación literaria, yo no me dejé llevar por esa seducción. Me refiero desde luego a una generación que en los años sesenta daba sus primeros pasos literarios y que se hallaba embebida en la búsqueda de una gloria militar que es consustancial a la Revolución. No eran años de intimismo ni desasosiegos existenciales. El fragor de los combates y el juego de las armas simplificaban los objetivos vitales. Pero aquellos de mis coetáneos que favorecieron las 72 horas de empuje de los fidelistas sobre las posiciones de los apenas 2.000 exiliados de la Brigada 2506 estaban embarcados, que es como se lla-

man los que compran pasaje para un lugar equivocado. Pese a ser una batalla decisiva de la guerra fría, lo que aconteció en las playas —como Girón— del ecosistema de Bahía de Cochinos duró a los efectos cubanos sólo esos tres días —un tiempo muy exiguo para desplegar los aires de una epopeya—, y si se reservó como la punta del iceberg de una epopeya, pero de la derrota, no era nuestra, no para nosotros, no para que la escribiéramos los escritores de la Revolución. Quedó para explotación de los escritores griegos, puesto que hasta hoy el debate —y la producción de libros— sobre el episodio de Bay of Pigs no cesa.

Yo, en cambio, me fui para la montaña como corresponsal y encontré el tema, cinco años de combates, miles de hombres luchando, hermanos contra hermanos, bandas con trovadores que cantaban las hazañas de unos jefes que hasta el día anterior eran brutales campesinos de la cordillera y con jefes que se llamaban Látigo Negro; Margarita Lanza Flores, alias *Tondike*; Tita el Cagüeiro; Pedro González, alias *El Boticario*; Osvaldo Ramírez, alias *El Mocho*; Pedro Celestino Sánchez Figueredo; Julio Emilio Carretero, alias *Carreta*, *Caralinda*. Un paraíso para Rulfo o Babel; un paraíso de sangre y de desmesura de la conducta humana. Tengo otros libros (*Cazabandido* y *Nos impusieron la violencia*) sobre lo que el gobierno de Fidel Castro se empeña en denominar, con su habitual terquedad, «la lucha contra bandidos en Cuba» y que a mí muchas veces se me escapa como definición del período que en realidad podría describir como una campaña de contrainsurgencia. Además, uno (*El último santuario*) sobre los mismos hombres produciendo el mismo tipo de campaña contrainsurgente en el África austral, cuando a principios de los años ochenta me decidí a seguir hasta allí a mis

antiguos compañeros, así como el material engavetado desde hace años que no he soltado: las novelas *La forma total del amor*, *De piedra ha de ser la cama* y *Monólogo interior de Pedro*; la edición revisada de *Cazabandido*; una versión abreviada de *Nos impusieron la violencia* que se llama *Lejanas hogueras*; un volumen bastante grueso, a medio camino entre la novela y la historia, *El monasterio invisible*; y otros tres sobre las misiones en Angola de los viejos cazadores cubanos: *Tenemos el rastro fresco de Jonas Savimbi*, *Los altos bosques* y *Todos los bandidos desde el Jatibonico hasta Kuandô-Kubango*. Esto como muestra de lo provechoso del tema, al menos para mí. Y también hubo el desarrollo de un lenguaje, de la transmutación de una sorna, que yo iba a saber captar. Por eso digo que encontré el tono. Tanto, que todavía hoy *Condenados de Condado* es el libro con más epígonos en la historia de la literatura cubana; creo que llegan al centenar, lo cual es un récord si consideramos la escasez de papel que ha empañado durante cuatro décadas los programas de difusión cultural del Gobierno Revolucionario. Al menos es el argumento más sólido para eludir la publicación de un sinnúmero de títulos. Ilustra asimismo el interés en hallar un competidor de calibre, para echarlo a rodar en contra mía. Pero ocurrió que yo había hecho el libro que destruía el tema. Era obra del tono. Del humor, de tanto humor, socarrón y serpenteante. El despliegue de una literatura de servicio político resultaba impedida de existir... en virtud de un tono. Antes de que contaran con su basamento épico, yo les levanté el piso debajo de los pies a los redactores emergentes del Gobierno.

El día que comenzó la guerra, aún no había leído un solo libro de Hemingway y no sabía nada de Isaac Babel. Desde el punto de vista de la formación cultural, lo